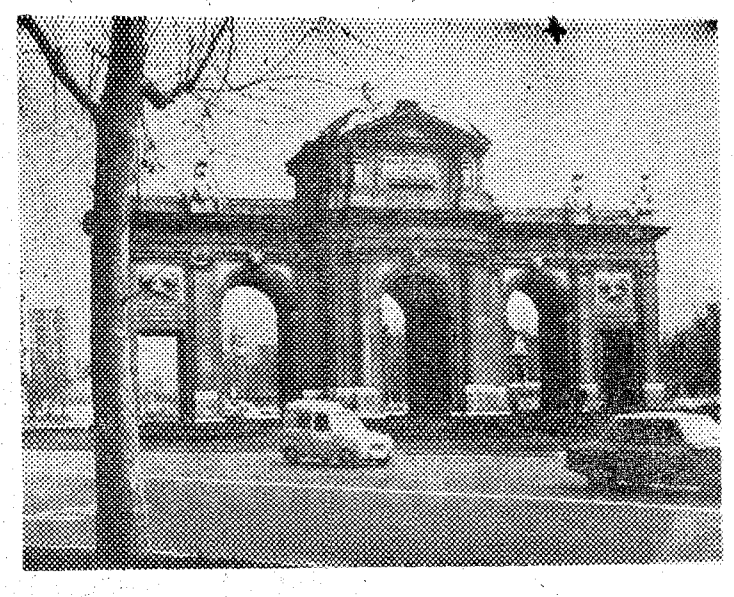
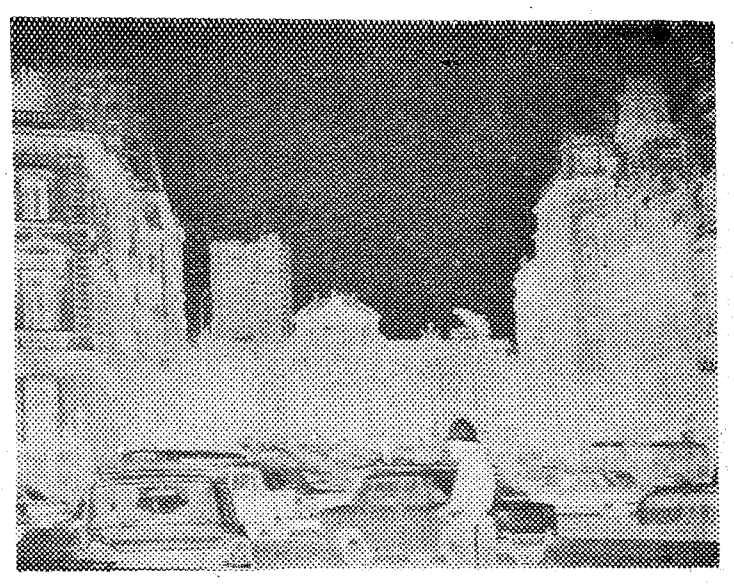
AQUI Y AHORA

Por "Juan Ruiz"

Los fideos y los arácnidos





Puerta de Alcalá: ayer y hoy de un paisaje transformado

De la Puerta de Alcalá a Sierra Nevada

1 Los fideos

No es nada original: a "Juan Ruiz" tampoco le gusta la *Torre de Valencia*. En general, no le gustan las torres—especulación del suelo y arcaísmo de ideas—y menos las que salen de la cocorota de nuestros escasos monumentos.

Ni las torres blancas ni las torres negras. Ni la de Sindicatos, ni la de Filosofía y Letras (antes Políticas), ni las de las plazas de España, de Castilla y de Colón. Ni la del Retiro (quizá antes Buen Retiro), ni tampoco, por ir a los precursores, la de la Telefónica.

"Juan Ruiz" piensa en las razones urbanísticas, fundamentalmente en las urbanísticas, que son—o deberían ser—conocidas de todos—o de casi todos o, al menos, de los urbanistas—. Piensa en las arquitectónicas. Y, lo poco que puede, piensa también en las estéticas. Pero confiesa que las que más le preocupan son las sociales.

Sin embargo, el trémolo lanzado a una por todas las voces alarmadas ha tenido, en el caso de la Puerta de Alcalá, una motivación principalmente estética. "Juan Ruiz" opina que es una razón suficiente, pero que, siendo objetivos, sólo puede compartir a medias, ya que mientras el *smog* envuelva la Torre de Valencia y la Puerta de Alcalá, se siente incapaz de emitir un juicio imparcial, simplemente por falta de visibilidad.

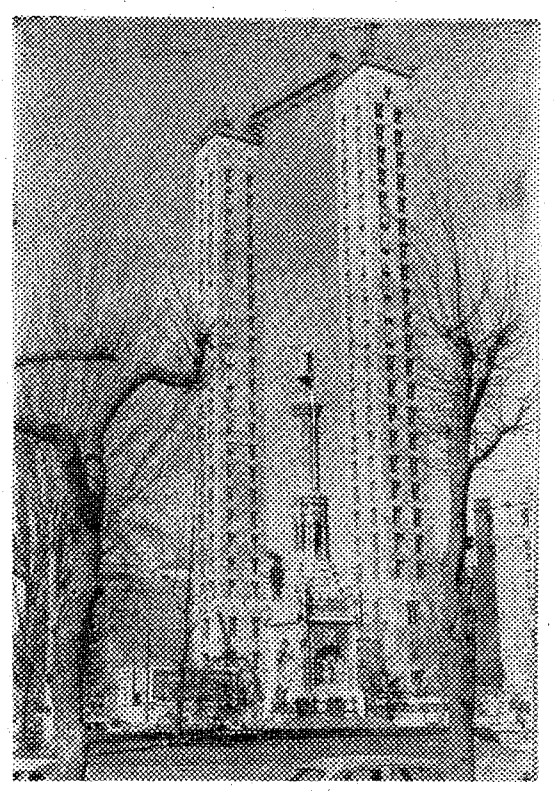
Si desapareciera la cortina de contaminación atmosférica, que hoy padecemos casi *en silencio* —pintoresco silencio comparado con el griterío alcalaíno—..., si desapareciera, decimos... (en realidad, ¿por qué no cambiamos de tema y hablamos en serio de la polución, que es algo mucho más urgente?). No. Seamos fieles al "Aquí y ahora", es decir, a los fideos. Si desapareciera el *smog* que nos emborrona el paisaje y quebranta la salud, podríamos quizá decidir si debe desaparecer la torre.

Pero, recordando pasados de aire más nítido y esperando futuros de atmósfera más transparente, echemos un rápido repaso a cuatro o cinco de nuestros fideos más representativos. Por ejemplo: fideo número 1, *la Telefónica*. Sería digna de premio la imaginación humana que fuera capaz de encontrar un diminuto resquicio de belleza a similar edificio; sin embargo, generaciones de iberos han desfilado ante él con veneración y respeto. Decir otra cosa sería faltar a la verdad. La cándida ingenuidad de nuestros sabios llegó a poner un esquema suyo a escala adecuada en el Museo de Ciencias Naturales, como eficaz elemento de comparación para el español instruido, junto a la maqueta que representa las colosales magnitudes del Gran Cañón del Colorado. La Telefónica no sólo ha sido una de las unidades de medida empleadas por los sabios hispanos como más idóneas para la Geología, sino, hay que reconocerlo, ha sido también uno de nuestros mayores orgullos nacionales.

Pasemos al fideo número 2: *las torres de la plaza de España*. Podría pensarse en otro premio por igual motivo, aplicado al angosto esófago —como diría Galdós, es algo más que una garganta—en que muere la calle de Princesa. El papanatismo con que fueron recibidos esos dos monstruos fue absoluto. Incluso hoy están en las tarjetas postales como símbolo de Madrid. Cuanto quedaron construidos, nuestro pundonor patriótico quedó satisfecho: por fin, nosotros también teníamos rascacielos. Al fin podíamos mirar a cualquier extranjero cara a cara. Una de las torres fue incluso llamada la torre del "taco", pues todo ibero que pasaba bajo ella lanzaba una expresiva exclamación de admirativa perplejidad.

Si no estamos demasiado sonrojados pasemos al fideo número 3: *la torre de Sindicatos*. Otro edificio que rompió la armonía del paseo del Prado, cara a cara con el Museo, en el área de un curioso palacio moruno y algunos casones manchegos. Vayamos rápidos al cuarto fideo, que bien puden ser dos, como *los esqueletos de la plaza de Colón:* dos espectros más de la vandálica destrucción de la Castellana. Pasemos a otro fideo menos irritante y enojoso. Cualquiera con tal de olvidar la Castellana.

La misma *torre del Retiro* puede servir. Un buen amigo nuestro de buena pluma ha escrito que ha robado la intimidad del Retiro; la ha robado o la ha matado. Ahí está, asomando su mole de insecto con cientos de ojos por encima de las copas de los árboles. Díganme, ¿qué le han arrebatado a nuestro parque desde que está ahí ese edificio, sin queja de nadie, mirándole fijo desde arriba? ¿Lo natural?, quizá. En perjuicio de la mayoría de los madrileños y en beneficio de su constructor y sus inquilinos, ese



Las torres de Colón: litigio de altura

edificio-insecto ha robado al Retiro, sencillamente, su encanto. Como decía nuestro buen amigo de buena pluma, cuando el recluta de Marina alquile una barca en el estanque, monte en ella con su novia, lo más probable es que, en medio de su romántico paseo, experimente la sensación de estar remando en plena Gran Vía.

Bien, dejémonos de fideos. Podríamos seguir, pero el asunto va siendo ya demasiado penoso. Y todo esto ha ocurrido sin que apenas se haya dicho una palabra de reproche. De pronto—¿la gota que colma el vaso?—, el griterío.

2 El escándalo

Por fin nos hemos dado cuenta de que en Madrid hay torres. Al menos una torre. Todo ha ocurrido de repente. Y, como es natural, nos hemos desgarrado públicamente las vestiduras. Se ha atentado contra la estética y en eso somos hipersensibles.

Ha habido una protesta sin precedentes. Quizá por fortuna. Quizá está entrando una nueva conciencia urbana en el madrileño. Quizá desde hace unos días somos menos paquidermos.

De todas formas, hemos de confesar que la reacción ha sido un tanto tardía, aunque más valga tarde que nunca. Un nunca que era previsible se continuara hasta el infinito. Pero este gesto "público" de la "opinión privada", ¿es el comienzo de una sensibilización o es un gesto esporádico tras el cual volveremos al silencioso nunca, al ciego nunca de antes de la Torre de Valencia?

Entre las muchas cosas que estos días se han dicho en el zipizape armado alrededor de la torre, había algunas bastante sensatas. Pero hay dos que suscribimos plenamente: la primera, que es una vergüenza que en la ciudad de las chabolas sin escándalo, nuestros preclaros varones se hayan arrancado los cabellos por una perspectiva estética. La segunda, que, puestos a demoler causas de perspectivas machacadas en la capital, no podríamos a estas alturas dejar de Madrid sino una gigantesca ruina.

En suma, la Prensa ha sacado sus trompetas y, como en la muralla de Jericó, ha empezado a dar vueltas alrededor de la torre, esperando que se derrumbe. De los trompetazos ha salido una conclusión harto sabida: la Torre de Valencia no es más que un detalle superficial, *no es el fondo de la cuestión*.

En primer lugar, ha quedado clara la total carencia de regulación urbanística y estética de Madrid. En segundo lugar, toda una serie de incompetencias administrativas han salido a relucir. Y, en tercero, más de un ciudadano malpensante anda dándole vueltas al magín sobre si habrá, no habrá algo detrás de todo el insólito clamor. Es decir, ha quedado también claro que hay algo que no está claro.

3 Los arácnidos

Porque, entre tanto, y sin salirnos de la estética (que no es lo único ni lo más importante del paisaje), estamos alardeando de hechos y proyectos mucho más abominables, en medi ode la absoluta indiferencia de aquellos cuyos ojos se han puesto más en blanco en lo tocante a la Puerta de Alcalá.

Y nadie, absolutamente nadie ha dicho: basta ya. Por el contrario, si alguien ha abierto la boca ha sido—como de costumbre—en signo de admiración reverencial.

Se trata, simplemente, de pasar de los termiteros a las telas de araña. Al paraíso de los teleféricos, telesillas, telecabinas, de las arañitas atrapaturista, que tejen y tejen sus redes por nuestros oteros, peñascos y cabezos. "Juan Ruiz" ha escrito ya sobre este asunto de los tío-vivos largamente y lo hará aún más. No es una obsesión de "Juan Ruiz": es un disparate nacional.

Hace unos días hablábamos en tono de réquiem de Peñalara y su enterrador, llamado Valdecotos. Pese a haber subido el puerto de los Cotos, en contra de todas las leyes geológicas, 100 metros sobre el nivel del mar, según reza un reciente cartel allí plantado, los alpinistas del Club Peñalara deben experimentar extrañas sensaciones. Tal como está hoy y como estará dentro de poco nuestra montaña, deben sentir algo así como lo que notaría un torero que lidiara bueyes. Quizá por eso han bautizado con su mismo nombre a un picacho de la Patagonia. El pundonor, al menos, queda a salvo.

Otro día les contaremos los proyectos que amenazan, por ejemplo, al Pirineo, atentando incluso contra nuestros poquísimos parques nacionales. Pero hoy, para acabar con un broche de oro, saltemos a Sierra Nevada.

Como remate de todo un complicado sistema de complejos urbanoides "solynieves", "solymares", "nievymares", en nuestro más alto y salvaje macizo montañoso, en la mismísima cumbre del pico del Veleta, punto de convergencia a 3.327 metros de un sin fin de cables, postes y metales se va a edificar a bombo y platillo un colosal hotel panorámico-giratorio-espectacular. Y, después de esta bofetada, todos tan alborozados. Lo nunca visto.

¿Con qué derechos se instala ese negocio de no sabemos quién en un paisaje que es de todos? ¿Quién se beneficia con ese inmenso espantapájaros? Sólo se lucra su explotador. A todos los demás nos perjudica, incluso económicamente, este robo del paisaje. ¿De qué espíritu mezquino ha surgido tal idea? Y, encima, tan orgullosos.

Al mismo tiempo se abrirá un circuito *turístico* por las Alpujarras. Lo que hasta ahora no se ha pensado es que existen alpujarreños que vienen necesitando mejores comunicaciones, probablemente desde antes de la guerra de los moriscos. Es curioso ver la perspectiva desde la que se hacen estas empresas.

En fin, a cuántos atentados más asistiremos entre la ceguera, el papanatismo y el escándalo? Parece que el hecho de que exista hoy un monte en España sin un telesilla y un motel es un desdoro local y nacional; un acto antipatriótico. ¡Ojo, señores! Decía Azorín que "la base del patriotismo de un pueblo es la geografía. No amaremos nuestro país, no le amaremos bien, si no le conocemos". Lo funesto es que, si siguen las cosas así, dentro de poco nos lo van a convertir en un desfigurado y ramplón desconocido.

No queremos un paisaje inmóvil, símbolo de parálisis más profundas, pero tampoco con aparatos ortopédicos. Lector, lectores: la Torre de Valencia es sólo un detalle en medio de una tenaz desorganización.

J. R.